

Contestación al Discurso de Ingreso como
Académico Numerario del Ilmo. Sr. Dr.
D. Juan Antonio Fernández López

por el

ILMO. SR. D. VALENTÍN PINAGLIA VILLALÓN



El Ilmo. Sr. Dr. D. Valentín Pinaglia Villalón contesta al beneficiario

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia Sevillana de Ciencias Veterinarias, Ilmos. Sres. Académicos, Señoras y Señores.

Nuevamente, desde que tuve el honor de ser recibido en esta Corporación, me veo en el trance de dar la bienvenida, en nuestro nombre y por vuestro expreso encargo, a un nuevo compañero.

Las obligadas palabras de gratitud, que según San Agustín, es la memoria del corazón, con las que deben empezar estos discursos han de ser en el mío doblemente calurosas y sinceras. Tengo tan alto el sentimiento de gratitud que no creo ser consciente de mi preocupación por servirla. No tengo pues que esforzarme ante vosotros, de la gratitud que hoy siento al poder participar en este acto. Las academias fueron en sus comienzos cátedras independientes, en las que el saber surgía y se derramaba al margen de las universidades, entorpecidas por la burocracia. Fueron escuelas pujantes y complemento de las aulas oficiales. Y eso debe ser cada Academia en los tiempos presentes en los que todo se mide, lo personal y lo colectivo, con el patrón de la eficacia. Las Academias no son como algunos creen en centros de tertulia, sino en centros de estudio y de trabajo, y es en ella donde ingresáis hoy.

Esta gratitud me obliga a no poder emular a Belmonte, que estando leyendo a Stendal, en la habitación del hotel, antes de la corrida que toreaba esa tarde, entró el modo de espadas a decirle: “maestro, hay que empezar a vestirse. Era tal su concentración en la lectura, que le contestó: sal y diles que no puedo torear porque me encuentro mal”.

Mi gratitud encierra en mi caso una doble circunstancia, que creo suele darse en muy pocas ocasiones. La primera: que hace años me fue encomendada la contestación al ingreso de Académico de una excelente personalidad en el mundo veterinario y médico, siendo uno de los grandes

especialistas en endocrinología y para mí más importante, una persona de un gran valor en la dimensión humana, padre del nuevo beneficiario. La segunda: mi agradecimiento abarca en este caso, y no quiero dejar de hacerlo constar al comienzo de mi salutación, al nuevo académico cuya personalidad profesional y humana le van a la zaga de su padre.

El calor de esta ceremonia me brinda una ocasión única, para sin inhibiciones, hacer público panegírico de los méritos y bien ganados logros que acreditan a nuestro ilustre compañero como destacado prestigioso profesor, excelente médico y gran investigador.

Voy a procurar no obstante, que el análisis de la sobresaliente labor sea mesurada y lo mas exenta de oropeles, pues cualquier exageración más bien empañaría que enaltecería la calidad de su curtida personalidad.

Permitirme por lo tanto reducir a una enumeración sumarísima los más importantes eventos de su profesión. Doctor en medicina y cirugía; master en medicina prehospitolaria, emergencias y catástrofes; master universitario en ensayos clínicos; experto universitario en ensayos clínicos; profesor de fisiología, de estructura y función del cuerpo humano, de farmacología; ponente de varios cursos monográficos ; profesor de socorrismo; investigador de prescripción terapéutica en medicina interna, patología cardiovascular, digestiva y respiratoria; multitud de comunicaciones en distintos congresos, así como ponente de equipos en los más variados temas de investigación; director de varias tesis doctorales y miembro de varias sociedades científicas.

Hay que seguir con convicción y clarividencia los métodos de la ciencia que nos permite buscar la fe y encontrar certeramente la verdad científica, persiguiendo con constancia la evidencia de los hechos y eludiendo con firmeza la especulación. El Profesor Fernández López está contribuyendo al papel trascendental que en las sociedades actuales juega el especialista e investigador, siendo curioso observar que, a despecho de la sátira enconada que casi todos los seres humanos que han cogido alguna vez la pluma, desde Aristófanes a Bernard Shaw que no ha faltado alguno que no haya utilizado a los médicos como blanco de su sátira. Quiero recordar en este momento las palabras que decía mi padre, médico de familia: "Si puedes curar, cura. Si no puedes curar, alivia y si no puedes aliviar, consuela". Y la despedida que les daba el Catedrático de Medicina Legal: "Ya eres médico, tú lo has querido, con tu pan te lo comas, ya estás jodido".

Es importante, además, discernir entre creer y saber, pues en contra de lo que equivocadamente se cree de manera habitual, creer no es saber con seguridad, ni tener certeza absoluta, sino dudar entre límites indefinidos de credibilidad y esperanza. La duda es la flamante antorcha que enarbola el investigador, no para prender fuego a nadie, sino para iluminar con conocimiento la oscuridad y esclarecer la verdad y desenmascarar el error. Decía el Cordobés, Séneca: no es bueno creer que se sabe lo que no se sabe”.

Recuerdo una anécdota del Profesor Arnon, el cual decía lo siguiente: “Lo único que se puede asegurar al ver un rebaño de ovejas recién esquiladas, es que al menos han sido esquiladas por el lado que las estamos viendo.

Toda la trayectoria profesional e investigadora de nuestro académico, relatada sucintamente en anteriores líneas, nos pone de relieve su clara e incesante vocación docente e investigadora, bien materializada en su obra. Por tanto, yo destacaría entre sus muchas cualidades dos particularmente significativas: la vocación y el trabajo.

Cuando le decían a Don Gregorio Marañón cuanta suerte tenía, siempre contestaba el insigne maestro que cuanto más trabajaba más suerte tenía. Este es el secreto del éxito profesional: cuanto más se trabaja más éxito se tiene, pero yo añadiría: que no triunfa el sabio ni el hábil, ni el audaz, sino el que con sabiduría o con habilidad, con audacia o sin ella, tiene vocación. Vocación quiere decir, pura y simplemente, entusiasmo. Tiene vocación el que cree en su profesión y que guarda incólume esa fe a prueba de embates de la vida. Como dicen los clásicos: “No hay viento a favor para el que no sabe a donde va. Por eso cuando sabes a donde vas acabas llegando”. De esta vocación auténtica es un buen ejemplo nuestro nuevo compañero al que los problemas médicos le apasionan. Esto explica su prestigio profesional.

Me he atrevido a contestar al discurso del nuevo Académico y encerrarme con el toro del dolor y la muerte, como a los toreros que a falta de arte se “pegan un arrimón” en la jerga taurina, como un legionario no de la ONG sino de la de Millán Astray, el de “viva la muerte”, que asombró a Don Miguel de Unamuno.

El astado tiene peso, trapío y leña, pero hay que lidiarlo, aunque me temo que el Presidente me saque pañuelo rojo a mitad de la faena.

Me atrevo, en primer lugar, a afirmar que el dolor y la muerte adquieren en nuestro tiempo un signo especial; no a precisar que sea el "signo" o "uno" de los signos, pero sí al presentarlo como señal de identidad, distintivo, característica de un periodo temporal que nos ha tocado vivir.

El hombre sabe que es un ser -como todos- nacidos para el dolor y la muerte, pero a diferencia de las demás criaturas, el hombre es un ser nacido para la vida sin fin. De ahí su anhelo de resurrección y de eternidad.

Causa evidente, del dolor y espanto a la muerte es lo que tiene de separación irremontable, de separación definitiva. De una parte separación del alma y del cuerpo, enemigos íntimos, compañeros aliados de muchas batallas, unas concluidas en victorias gloriosas, otras consumadas en amargas derrotas. Separación que hace exclamar al más perfecto de los hijos de los Hombres, aquella misteriosa reconvención al Padre en la queja crucificada de su abandono. Y de otra parte la separación, ésta no sabemos si definitiva, del sentimiento como la porción más comunicativa y externa del alma, sentimiento que desaparece del cuerpo yerto, para ser vertido de amargura hacia todas las personas que amorosamente reverenciaban aquellos restos.

Nada de extraño resulta que hoy, en que el dolor y la muerte se nos presenta a veces -cual producto de consumo, un investigador y médico humanista atraído por el tema, nos brinde hoy su discurso en el cual aborda la cuestión. Ciencia y filosóficas reflexiones, que estremece ese convencimiento que poseemos de creer que el único objeto de la vida es sentir que existimos. Al final sacamos la conclusión de que si morir es verle la cara a Dios, lo importante no es morir, sino saber morir.

Por cualquiera de las veredas que queramos transitar para encontrar un sentido de la muerte, nos tropezamos siempre en alguno de los recodos del camino, con la vigencia del dolor. Se disimule o no, se presuma o se niegue, la muerte está siempre rodeada de temor de pánico y del dolor.

Durante mucho tiempo el ser humano hizo del acto de morir el acto cumbre de su existencia: la muerte representaba la realización plena, la consumación de un proyecto vital que llegaba a su fin, muriendo en su casa con la mayor dignidad y rodeado de sus seres queridos.

Sin embargo, cimentada la actual sociedad en el consumismo puro y duro, en la glorificación del cuerpo, de la salud y de los jóvenes, la muerte

se considera ahora como un fracaso. Instalados en la felicidad materialista y el desarrollo científico sin fin, la muerte y el dolor han dejado de ser admitidas como un fenómeno consustancial al ser humano. El moribundo no lo hace en su casa, sino en un hospital y su cadáver velado en un tanatorio. Al producirse ese traslado de la muerte a un hospital nos preguntamos: ¿Cuál ha de ser la actuación del médico ante la muerte de un paciente?.

El Doctor Fernández López en su extraordinario discurso nos destaca el papel de los profesionales veterinarios y los médicos ante el dolor y la muerte aportando su gran experiencia sobre estos temas del sufrimiento físico y psíquico y si esos animales lo sufren en la misma medida que el ser humano.

Algún científico, entre ellos últimamente el Británico Stephen Hawking quieren deducir de la existencia del dolor la no existencia de dios, el cual tampoco fue el creador del Universo, sino que se creó de la nada.

Afirma que una de las objeciones que pueden hacerse a la existencia de Dios es la existencia del dolor y el mal. Quien ha estudiado las leyes del Universo, sabe que el cuarto principio, llamado Polaridad es eso. Que todo lo que hace su aparición en este mundo fenoménico, inmediatamente se hace dual, y ahí es donde todos estamos llamados a trabajar en ir más allá y trascender esos opuestos, “Bien o mal”, “Dolor o placer”. Dios no es una hipótesis lejana, no es un desconocido que se ha retirado después de “Big Bang”.

Los animales, igual que los seres humanos, experimentan dolor. El sistema permanente del dolor tiene un efecto nocivo en el resto de los sistemas corporales porque deprime el sistema inmune, incrementa el metabolismo tisular y altera la función respiratoria. El dolor en los animales tiene una importancia y efecto negativo en la productividad. ¿Qué debe hacer el veterinario con el sufrimiento del animal cuando la única forma de ponerle fin consiste en provocar una muerte apacible? La eutanasia afecta principalmente al animal y, en distinto grado, al propietario y al veterinario.

La Asociación Mundial de Veterinarios destaca la responsabilidad de disminuir el sufrimiento, dolor y angustia del animal. Existen multitud de decretos donde se regula incluso la eutanasia activa. Hay un Código Deontológico de la Profesión Veterinaria, donde se especifica: En casos de

enfermedades incurable, el veterinario deberá informar al propietario del animal, para que pueda optar, si lo desea, por la eutanasia activa.

Esta Deontología Profesional se aplica también a la investigación para experimentar con animales vivos, cuyos protocolos deben ser supervisados por Comités de Centros de Investigación. El dolor y el sufrimiento deben ser el mínimo posible.

Qué diferencia tan abismal entre el tratamiento del dolor y la muerte que nos describe magistralmente el Doctor Marañón y los actuales. Dice la escena: “Y así, cuando el morir no está perturbado por las últimas intervenciones oficiosas de la Humanidad; cuando da con sencillez y seriedad su último paso sobre la tierra ayudados por las Monjas de la Caridad que van poniendo su cerco blanco y cariñoso para un trance cercano y casi sobrehumano donde el hombre va dando su último paso sobre la tierra; cuando muere sin que nadie le moleste, como esos pobres que los médicos vemos morir en los hospitales, entonces el dolor y la muerte no tienen un rostro trágico ni una guadaña por emblema; sino una sonrisa de paz y un gesto de reposo infinito”,

Aquella placidez del dolor y la muerte que se alcanzaba antes, es la que algunos médicos se atreven a impedir, prolongando, distorsionando y profundizando la agonía.

Toda persona tiene derecho a la paz de la muerte, que pocas veces es negada por el Poder Divino. Vivimos en el trance de que los médicos pueden intervenir de una manera violenta del acabamiento de la vida e interferirlo con un espíritu cruelmente científico. Afortunadamente, la gran mayoría de los médicos toma la opción de un humanitarismo caritativo a favor del enfermo, manteniendo el viejo prestigio social que siempre ha tenido, apartándose de la distanasia, una muerte dura, una muerte mala, una muerte dolorosa, que ya ha requerido en los países anglosajones y EEUU el consenso del médico de asistencia, del legal, del forense, de un psicólogo, un teólogo y un moralista, cuyo consejo es designado nada menos que como “comité morituri”.

Que contraste tan tremendo entre la distanasia y el proyecto que desde hace unos días nos encontramos con la propuesta de una nueva Ley que permitirá rechazar tratamientos a los enfermos terminales Ley sobre cuidados paliativos y muerte digna. Ley que parece tener el trasfondo de avanzar hacia la despenalización del suicidio asistido.

El hombre como ningún otro ser tiene un instinto de conservación y permanencia ambos lacerados y perturbados por la muerte. Ella es el polo opuesto a la conservación, puesto que destruye, donde el instinto lucha por sobrevivir y conservar la vida.

Amante: No me lleves si muero al camposanto
a flor de tierra abre mi fosa, junto al riente,
alboroto divino del agua pasajera.
O junto a la encantadora charla de alguna fuente,
a flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra.
Donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos
Alargados en tallos, suban a ver de nuevo
la lámpara salvaje de los ocasos rojos.

